

tomé el partido de callarme? Pues fué porque es muy caviloso, y á más de eso tengo malicias de que es asesor de S. E. Está para ser oidor y no quiero exponerme á un trabajo, porque estos pícaros por tal de vengarse no dejarán libro que no hojeen, ni estante que no revuelvan; que si eso no hubiera sido, yo lo hubiera enseñado á mal criado. Con todo, que vuelva otro día á mi casa á quebrarme la cabeza, quizás no estaré para aguantar, y saldrá por ahí como rata por tirante.

Así que mi amo se desahogó conmigo, abrió su estantito, se refrescó con un buen trago del refino de Castilla, y se marchó á jugar sus alburitos mientras se hacía hora de comer.

Aunque me hicieron mucha fuerza las razones del licenciado, algo me desvanecieron la socarra y mentiras de Chanfaina. Ello es que yo propuse no dejar su compañía hasta no salir un mediano oficial de escribano; mas no se puede todo lo que se quiere.

Á las dos de la tarde volvió mi maestro contento porque no había perdido en el juego; puse la mesa, comió y se fué á dormir siesta. Yo fuí á hacer la misma diligencia á la cocina donde me despachó muy bien nana Clara, que era la cocinera. Después me bajé á la esquina á pasar el rato con el tendero mientras despertaba mi patrón.

Éste, luego que despertó, me dejó mi tarea de

escribir, como siempre, y se marchó para la calle, de donde volvió á las siete de la noche con una nueva huéspedada que venía á ser nuestra compañera.

Luego que la ví la conocí. Se llamaba Luisa, y era la hermana del ladrón que mi amo soltó de la cuerda con más facilidad que don Quijote á Ginés de Pasamonte. Ya he dicho que la tal moza no era fea y que pareció muy bien á mi amo. ¡Ojalá y á mí no me hubiera parecido lo mismo!

En cuanto entró le dijo mi amo: — Anda, hija, desnúdate¹ y véte con nana Clara, que ella te impondrá de lo que has de hacer.—Fuése ella muy humilde, y cuando estuvimos solos me dijo Chanfaina: — Periquillo, me debes dar las albricias por esta nueva criada que he traído: ella viene de recamarera, y te vas á ahorrar de algún quehacer; porque ya no barrerás, ni harás la cama, ni servirás la mesa, ni limpiarás los candeleros, ni harás otras cosas que son de su obligación, sino solamente los mandados. Lo único que te encargo es que tengas cuidado con ella, avisándome si se asoma al balcón muy seguido, ó si sale ó viene alguno á verla cuando no estuviere yo en casa. En fin, tú cuidala y avísame de cuanto notares. Pues, porque al fin es mi criada, está á mi cargo, tengo que dar cuenta á Dios

¹ En aquella época sólo la gente muy infeliz carecía de ropa más decente, ó aseada para salir á la calle, y así es que por *desnudarse* se entendía quitarse esa ropa y quedarse con la de dentro de casa. E.

de ella y no soy muy ancho de conciencia, ni quiero condenarme por pecados ajenos. ¿Entiendes? — Sí, señor, le contesté, riéndome interiormente de la necedad con que pensaba que era yo capaz de tragar su hipocresía. Ya se ve, el muy camote me tenía por un buen muchacho ó por un mentecato. Como en cerca de dos meses que yo vivía con él había hecho tan al vivo el papel de hombre de bien, pues ni salía á pasear, aun dándome licencia él mismo, ni me deslicé en lo más mínimo con la vieja cocinera, me creyó el amigo Chanfaina muy inocente, ó quién sabe qué, y me confió á su Luisa, que fué fiarle un mamón á un perro hambriento. Así salió ello.

Esa noche cenamos y me fuí á acostar sin meterme en más dibujos. Al día siguiente nos dió chocolate la recamarerita, hizo la cama, barrió, atizó el cobre, porque plata no la había, y puso la casa albeando, como dicen las mujeres.

Seis ú ocho días hizo la Luisa el papel de criada sirviendo la mesa y tratando á Chanfaina como amo, delante de mí y de la vieja; pero no pudo éste sufrir mucho tiempo el disimulo. Pasado este plazo, la fué haciendo comer de su plato aunque en pie; después la hacía sentar algunas veces, hasta que se desnudó del fingimiento y la colocó á su lado señorilmente.

Los tres comíamos y cenábamos juntos en buena

paz y compañía. La muchacha era bonita, alegre, viva y decidora; yo era joven, no muy malote y sabía tocar el bandoloncito y cantar no muy ronco, al paso que mi amo era casi viejo, no poseía las gracias que yo; sacándolo de sus trapacerías con la pluma, era en lo demás muy tonto; hablaba gangoso y rociaba de babas al que lo atendía, á causa de que el gálico y el mercurio lo habían dejado sin campanilla ni dientes; no era nada liberal, y sobre tantas prendas tenía la recomendable de ser celosísimo en extremo.

Ya se deja entender que no me costaría mucho trabajo la conquista de Luisa teniendo un rival tan despreciable. Así fué en efecto. Breve nos conchábamos, y quedamos de acuerdo correspondiéndonos nuestros afectos amigablemente.

El pobre de mi amo estaba encantado con su recamarera y plenamente satisfecho de su escribiente, quien no osaba alzar los ojos á verla delante de él.

Mas ella, que era pícara y burlona, abusaba del candor de mi amo y me ponía en unos aprietos terribles en su presencia; de suerte que á veces me hacía reir y á veces incomodar con sus chocarrerías.

Algunas ocasiones me decía: — Señor Pedrito, ¡qué mustio es usted! parece usted novicio ó fraile recién profesado; ni alza los ojos para verme; ¿qué, soy tan fea que espanto? ¡Zonzo! Dios me libre de usted. Será usted más

tunante que el que más. Sí, de éstos que no comen miel libre Dios nuestros panales, don Cosme.

Otras veces me preguntaba si estaba yo enamorado de alguna muchacha ó si me quería casar, y treinta mil simplezas de éstas, con las que me exponía á descubrir nuestros maliciosos tratos; pero el bueno de mi maestro estaba lelo y en nada menos pensaba que en ellos, antes solía preguntarme á excusas de ella si le observaba yo alguna inquietud. Y yo le decía:—No, señor, ni yo lo permitiera, pues los intereses de usted los miro como míos, y más en esta parte.—Con esto quedaba el pobre enteramente satisfecho de la fidelidad de los dos.

Pero como nada hay oculto que no se revele, al fin se descubrió nuestro mal procedimiento de un modo que pudo haberme costado bien caro.

Estaba una mañana Luisa en el balcón y yo escribiendo en la sala. Antojóseme chupar un cigarro, y fui á encenderlo á la cocina. Por desgracia estaba soplando la lumbre una muchacha de no malos bigotes llamada Lorenza, que era sobrina de nana Clara, y la iba á visitar de cuando en cuando por interés de los percances que le daba la buena vieja, la que á la sazón no estaba en casa, porque había ido á la plaza á comprar cebollas y otras menestras para guisar. Me hallé, pues, solo con la muchacha, y como era de corazón alegre comenzamos á chacotear familiarmente.

En este rato me echó de menos Luisa; fué á buscarme, y hallándome enajenado, se enceló furiosamente y me reconvino con bastante aspereza, pues me dijo:—Muy bien, señor Perico. En eso se le va á usted el tiempo, en retozar con esa grandísima tal...—No: eso de tal, dijo Lorenza toda encolerizada, eso de tal lo será ella y su madre y toda su casta.—Y sin más cumplimientos se arremetieron y afianzaron de las trenzas dándose muchos araños y diciéndose primores; pero esto con tal escándalo y alharaca, que se podía haber oído el pleito y sabido el motivo á dos leguas en contorno de la casa.

Hacía yo cuanto estaba de mi parte por despartarlas; mas era imposible según estaban empeñadas en no soltarse.

A este tiempo entró nana Clara, y mirando á su sobrina bañada en sangre, no se metió en averiguaciones, sino que tirando el canasto de verdura, arremetió contra la pobre de Luisa, que no estaba muy sana, diciéndole:—Eso no, grandísima cochina, *lambe-platos*, piojo resucitado; á mi sobrina no, tal. Agora verás quién es cada cual. Y en medio de esas jaculatorias le menudeaba muy fuertes palos con una cuchara.

Yo no pude sufrir que con tal ventaja estropearan dos á mi pobre Luisa, y así, viendo que no valían mis ruegos para que la dejaran, apelé á la fuerza y dí sobre la vieja á pescozones.

Una zambra era aquella cocina, ni pienso que sería más terrible la batalla de César en Farsalia. Como no estábamos quietos en un punto, sino que cayendo y levantando andábamos por todas partes y la cocina era estrecha, en un instante se quebraron las ollas, se derramó la comida, se apagó la lumbre, y la ceniza nos emblanqueció las cabezas y ensució las caras.

Todo era desvergüenzas, gritos, porrazos y desorden. No había una de las contendientes que no estuviera sangrada según el método del Aguilucho, y á más de esto, desgreñada y toda hecha pedazos, sin quedarme yo limpio en la función. El campo de batalla ó la cocina estaba sembrada de despojos. Por un rincón se veía una olla hecha pedazos, por otra la tinaja del agua, por aquí una sartén, por allí un manojo de cebollas, por esotro lado la mano del metate, y por todas partes las reliquias de nuestra ropa. El perrillo alternaba sus ladridos con nuestros gritos, y el gato todo espeluzado no se atrevía á bajar del brasero.

En medio de esta función llegó Chanfaina vestido [en su propio traje, y viendo que su Luisa estaba desangrada, hecha pedazos, bañada en sangre y envuelta entre la cocinera y su sobrina, no esperó razones, sino que haciéndose de un garrote dió sobre las dos últimas; pero con tal gana y coraje, que á pocos trancazos cesó el pleito dejando á la infeliz recama-



En medio de esta función llegó Chanfaina, vestido en su propio traje